

*Amanecer*¹

M.^a Antonia SANZ CUADRADO*



I

Cielos en sombras de vigilia. Oscura
pesantez, negro río, espesas aguas,
inusitados ángeles confusos,
ligerísimas curvas silenciosas:
todo gira en la rueda de la muerte.
Y el corazón avanza por un campo
de amor y de interés a iguales partes.
Desorbitados mundos sin pupilas,
selladas bocas con olor de anciano.
Tierra con rango y sal de cosa inerte,
y crujidos de bello papel muerto.
¡Ah; dejadme salir, dejar la vida,
esta ruta sin fe, que es ciego el día
y mi existir navega sin piloto!
Tierna desolación, llanto encendido;
soles de amarga luz, casi doliente
por el hastiado verde cenizoso
de un paisaje lunar adivinado.
¡Corred, corred, que ya los campos crujen
y hay almendros desnudos, y falaces
golpes de viento entre las cañas rotas!
Pesadilla de dientes calcinados,
incolora, fugaz, delicuescente,
no tortures mi noche, mi enseñada
con azotantes vendavales turbios.
Violentas agujas desceñidas,
ululantes misterios carcomidos,
pálidos estertores solitarios,
abismos perturbados de los bosques,
os canto ya sin llano, y enumero
vuestro existir, vuestra fundida alarma,
el acucioso hervir de nuestro tiempo.

¹ Del libro en preparación *Con esta voz de ahora*.

* Catedrático de literatura del I.B. «Joaquín Turina». Madrid.

II

Herrumbres, caracolas y lagunas,
¿qué se hizo del mar, ya sumergido
en el palor trivial del alba triste?
Hosco cañaveral, podrida savia
que roe la medula de los tilos.
Desollados países, piedras frías,
ramas de carne fósil, osamentas
mordidas por las nubes, por la luna
y el soplo de los troncos horadados.
Quiero gritar, hender, sajar los aires.
¿Por qué no hay rosas ya? ¿Quiebra el rugido?
Alienta aún mi corazón caliente,
miles de manos pujan con las bocas,
alaridos hambrientos, rabia oculta
en la espera brutal de los segundos,
en los ojos brillantes, en la espesa
confusión de las noches y los días.
Avanzan, sin querer, los pasos tardos
y el gavián afila pico y uñas
en la gastada sombra de los muertos.

III

Cimbrean las cinturas de los cirros,
cálido amanecer, lampos celestes,
suave y sedosa pulcritud de pluma.
Salmos redondos: sol, barco de luces
rompiendo por un mar de claridades,
rascándose en la espuma de los montes.
Continuo, hermoso empuje, gloria pura:
Albricias a la fresca alba crecida.
Háblanos, Dios de amor, estamos secos.
¡Oh, desvelada soledad, murmullo
de plata azul, contorno ya suavísimo!
Juntos, a tu costado, tercamente,
despertamos corolas encendidas,
luceros milagrosos, labios suaves,
coronas de nevado frescor trémulo,
cristales de exactísima hermosura
volcados al crecer del día agosto.
Te esperamos, Señor. Muéstrate. Habla.